



## LOS FAROLES.

**N**O es nuestro ánimo tratar aquí de los hombres vacíos á quienes el mundo llama faroles, ni de autoridades caricaturescas á quienes suele llamárseles farolones, ni tampoco de aquellos á quienes por vanos, pretenciosos y farosantes se les dice faroleros. Lejos de nosotros tan mezquinas personalidades. Vamos á ocuparnos simplemente de la importancia social del farol; mueble cuya principal calidad es estar vacío, y que á nosotros se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERO"

1925 MONTERREY, N.M.



nos antoja que está lleno de muchas cosas importantes, curiosas y buenas de contarse, por ser un tanto cuanto trascendentales.

Los mexicanos de la presente y de las pasadas generaciones, á contar de algún tiempo después de la conquista, hemos nacido viendo faroles: solo que, desde el tiempo de los virreyes hasta la independencia y poco después, los faroles tenían para nosotros casi exclusivamente esta significación: la iglesia. El culto católico fué, mientras pudo, introductor, mantenedor y consumidor de los faroles.

Los faroleros (hablamos, se entiende, de los constructores de faroles, y no de las personas de quienes desde un principio dijimos que no queríamos hablar) los faroleros, pues, han debido ser dos veces afectos al culto; porque este culto con faroles, era además de su religión, su subsistencia.

Ya se recordará que esta dichosa capital, con sus doscientas iglesias, sus doscientas fiestas titulares, sus doscientos novenarios y octavarios, en todo lo que, lo primero in-

dispensable eran los faroles, debió llegar á acopiarlos en cantidades fabulosas.

Razón sobrada para no concebir nada sin farol: desde la ronda de capa, hasta el transeunte nocturno perdido en las lobregueces de la ciudad y alumbrándose por su cuenta y riesgo, antes de Revillagigedo, inventor de los primeros faroles municipales; desde la archicofradía cuya piedad se medía por el número y calidad de los faroles, hasta la administración del sagrado viático, en la que los faroles decían también la categoría, piedad y posición social del sacramentado. Desde la novena que no empezaba sin encender los faroles, hasta la procesión que no salía si los faroles no estaban listos.

Este amor á los faroles honra sobremedida á nuestros antepasados; porque en todos casos querían ver claro, y tenían una manera bien sencilla de propagar las luces, y sobre todo, de que las luces no se apagaran; cosa muy importante cuando una luz se enciende.

La piedad religiosa tenía sus manifesta-



ciones luminosas: todas sus luces eran capítulo de pingüe aprovechamiento: desde la venta de velas, que eran las luces principales, hasta esos escándalos de barrio que se llaman todavía *las luces*. Razón no les faltaba: la luz es símbolo de nuestra vida. El clero nos alumbra al nacer, nos alumbra al bautizarnos, al confirmarnos y al casarnos y hasta obliga al padrino á alumbrar también; nos alumbra al comulgar y al morirnos. Cierto es que nosotros pagamos las velas; pero eso es lo de menos; la luz y la significación moral de la luz es lo que importa; es nada menos que la representación de la luz del Evangelio y de la oración; y es tan buena que sirve hasta para la tempestad. Desde la más remota antigüedad, y hasta entre gentiles, la luz ha tenido como luz y como fuego tan elocuentes significaciones, que vamos saliéndonos con la nuestra de creer que los faroles están llenos de muchas cosas buenas de contarse.

En cuanto á la variedad de formas, no hemos ido tan lejos como los chinos, ni

mucho menos; é invariablemente los faroles de los tiempos á que aludimos eran de vidrio, generalmente de cuatro vidrios; solía haberlos octógonos, y otros que figuraban como notabilidades, eran en forma de estrella adornados con prismas de cristal, llamados mamaderas desde que alguno las mamó, y con unos penachos de hilos de vidrio que nunca adornaron otro objeto sino los faroles eclesiásticos; había algunos faroles de pellejo y muy pocos de papel.

Hasta aquí los faroles de tres siglos, casi exclusivamente de vidrio y casi exclusivamente destinados al culto religioso.

\*  
\* \*

Pasaron los tiempos, vino la reforma, cayeron las iglesias, Morales Puente y Limantour gastaron todo lo que tenían en comprar las casas del clero, y se acabaron los faroles; se volvieron incandescentes, inútiles, caducaron, en fin; porque una generación joven, risueña, alegre, importada,



venía diciendo ¡atrás! á los faroles del retroceso; era la generación de los farolitos de papel, en forma esférica ó cilíndrica, ó en forma de flor; generación barata, que se quema pronto, que alumbra poco, y renace como el fénix, de sus cenizas; generación prolífica y exuberante, con humos venecianos, y pretensiones elegantes; la generación, en fin, que nos conviene. Ha cambiado la forma y el objeto, pero por lo demás, seguimos siendo tan amantes á los faroles como nuestros bisabuelos.

Estamos, pues, en pleno reinado de los farolitos de papel. Nada de antiguallas; globitos, muchos globitos en todo y para todo.

Nacen las nuevas generaciones en bosques de farolitos de papel, colgados ni para novenarios ni octavarios, no para sacramentos ni procesiones, sino para dos cosas buenas de una importancia transcendentísima. La instrucción pública y el patriotismo. Táchense de frívolos estos dos objetos sagrados, estos dos temas tan arraigados en

nuestras convicciones, estas dos quisicosas tan necesarias para la vida de los pueblos modernos. Claro es que nadie se atreverá á calificar de insubstanciales semejantes asuntos. Téngase en seguida presente nuestro amor á los faroles, amor hereditario y de noble origen, y se verá que si fué farolero el padre, farolero debe ser el hijo, y que esta propensión luminosa está en la masa de nuestra sangre. Sentados estos principios, nos ocuparemos en seguida de los faroles á propósito de la instrucción pública, que en cuanto al patriotismo ya tendremos ocasión de hablar más adelante.

¿Qué director de colegio privado de esos liceos anglo-franco-germano-hispano-mexicanos, ó polimáticos-politécnios y preparatorios que hay tantos y tan buenos por esas calles de Dios, puede pasársela sin su música, su escandalito y sus faroles? ¿Cómo pudieran arreglarse unos premios á los alumnos de las escuelas municipales si el ayuntamiento no apronta de preferencia siquiera mil pesos para faroles? La cosa



estaría de echar á correr y sobre todo ya sabemos que sin empedrados, sin alumbrado y sin desagüe y otras frioleras de esa clase, nos la podemos pasar; pero sin faroles, es imposible de toda imposibilidad. Por otra parte, tenemos que, para que la instrucción pública camine, es preciso hacer mucha bulla, y que esos espectáculos sean lo que deben ser, quiere decir, *una función de mucha visualidad*, como decía un empresario de teatro, artista nacional, amigo nuestro. Y esto es tan sabido ya y tan de estampilla, que no hay en el día quien ignore la manera de arreglar una función de premios buena, de primera clase se entiendo. Para que salga á pedir de boca ya los maestros, ó mejor dicho los señores directores que son tan metódicos y tan previosivos, tienen arregladas las cosas de manera que dividen los ingredientes de que debe componerse una buena función de premios en dos clase: 1.º ingredientes que cuestan: 2.º ingredientes gratuitos.

Entre los primeros, está en primer lugar

la música, porque los músicos no tocan de balde, y sobre todo, porque este es el renglón del ruido, que es de lo que se trata. Siguen los faroles cuya importancia tenemos los maestros y nosotros tan bien acreditada, y siguen por fin la impresión de los programas y diplomas, la compra de listones y libritos baratos, alquileres, etc.

Viene después la lista de las cosas que no cuestan, pero que son indispensables; como por ejemplo, el público: y todo el mundo sabe que para tener un buen público, es necesario que el público no pague; y que no llueva. En segundo lugar unos cuantos poetas. Estos son tan necesarios como los faroles; en cuanto á utilidad de circunstancias están en la misma categoría que los faroles; pero son más baratos, todos hablan de balde y se entusiasman indefectiblemente; no es necesario encenderlos, porque se encienden solos, tampoco hay necesidad de colgarlos porque se pueden estar parados, ni hay necesidad de mandarlos con un cargador porque se van por su



pié cuando se acaban los premios, y despejan el campo sin ningún esfuerzo; además, aunque se encienden y alumbran y adornan, no se queman como los faroles de papel, y aunque se mojen no les sucede nada y vuelven á servir al año siguiente. Los maestros de escuela están contentísimos con este elemento de los premios por su utilidad y por su baratura.

Como se trata de premios de primera clase, es preciso contar con este otro gran ingrediente. El presidente de la República: que, ni quien piense en retribuirlo; eso sería una barbaridad. El primer magistrado, sea quien fuere, concurre porque se trata de la instrucción, y va por dar brillo, por cooperar con su presencia, por estimular los adelantos, etc.; y en resumidas cuentas da el último toque á la visualidad y á la majestad del espectáculo.

He aquí una función de premios buena, bien arreglada y perfectamente nacional. Es cierto que en otras partes del mundo no las hay ni siquiera parecidas, pero eso con-

siste en que en los colegios europeos es todo tan serio y tan árido; allí no se trata más que de la instrucción á secas, y esos actos tienen un carácter puramente literario. Vaya V. á entusiasmarse con eso! Qué tristeza! qué soledad! Nuestra concurrencia se fastidiaría soberanamente, y nuestras pollas ¿irían á un espectáculo tan monótono, sin un miserable violín, sin un poeta y sin un farol? Eso está bien para los ingleses que son tan seriotos y tan positivistas; pero no para nosotros que somos una nación joven, y por lo tanto alegre, risueña y afecta á la bullanga. No se nos puede exigir que tengamos la tirantez inglesa, ni esa formalidad, ni esa manera de hacer las cosas de las razas frías; nuestra raza es caliente y vivaracha, y todas nuestras cosas deben estar en armonía con nuestro carácter.

Sobre todo, ¿de qué se trata? de una cosa bien sencilla: de que se vea que tenemos instrucción pública; de que se vea que nos entusiasmamos con la instrucción pública. Pues para que se vea esto, y especial-



mente de noche, es necesario encender muchos faroles y hacer mucho ruido.

Vamos si nó á suponer por un momento que hacemos las cosas de una manera formal, sóbria y desabrida, como se hace en otras partes, y veremos todos los inconvenientes que esto tiene.

En primer lugar, es notorio que en cada clase de las de una escuela muy buena, hay, cuando más, un alumno digno, en conciencia, de un primer premio. Aconséjese V. de la justicia á secas, y ¡adios premios! ni á quien dárselos! En segundo lugar, se disgustarían ochenta padres de familia, que tienen ochenta hijos muy hábiles y de mucho talento;—porque todos los padres de familia tienen hijos así,—y retirarían á sus hijos en busca de otro colegio donde premiaran el talento. En tercer lugar, suprima usted la música, los poetas y los faroles, y los premios quedarían escupibles; la concurrencia lo sabría con anticipación y se iba al Zócalo ó á los títeres. Hé aquí por qué razones poderosas no se puede prescindir

en nuestro sistema de instrucción pública, ni de los faroles, ni de los faroleros, que son los que los hacen.

Si lo pensamos bien, tomando la cosa por lo serio, tendremos necesariamente que sentar este principio: «El niño aprendiendo á leer, no es más que el hombre cumpliendo con el primero y más sagrado de sus deberes, respecto de sí mismo, respecto á sus semejantes y respecto á Dios; deber que, por parte del niño, no tiene ni siquiera el mérito de la espontaneidad, supuesto que es compelido por el padre, así como no tiene el mérito de su existencia, supuesto que fué compelido á vivir por los cuidados maternos. Una vez aprendiendo á leer, el beneficio está hecho, el mérito, el gasto y el sacrificio son del benefactor y no del beneficiado. El niño ni ha hecho una gracia, ni ha favorecido á nadie; por el contrario, ha recibido un bien, y está obligado en buena ley de conciencia, á agradecerlo y á remunerarlo. Su criterio, pues, debe ser el siguiente: «Gracias á mi madre, que me ayu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

V. de L. 1625 MONTEREY, MEX.



dó á salir á la vida, nutriéndome con la leche de sus pechos. Gracias á mis padres, á mis superiores y al gobierno de mi país, que á costa de cuidados y sacrificios me han obligado á salir á la vida espiritual, nutriendo mi inteligencia con la leche de la instrucción para hacerme util á mí mismo, util á mis hermanos y digno de las prerrogativas del sér pensador. Gracias á Dios por tantos beneficios, porque todos emanan de su amor y de su omnipotencia.»

¿Y es éste, preguntamos nosotros, el criterio que se forma al niño con los premios, los poetas y los faroles? Ciertamente no.

El niño vá á la escuela mal de su grado; y á pesar de su negligencia, de su pereza, de su repugnancia y de sus hábitos vagabundos, al fin del año lo sorprende el estrépito de una gran fiesta; se le coloca en el foro de un teatro; se le rodea de flores, de trofeos y de banderas, atruenan los aires las bandas militares, se entusiasman y lloran de ternura los poetas, cantan las notabi-

lidades, concurre todo México, se encienden muchos faroles, y viene el Presidente de la República, y los Ministros, y los Generales, y los Sábios, al son del Himno Nacional, á poner un libro y un diploma en manos del niño, desaplicado y perezoso por lo general, ó aprovechado si se quiere, pero la ovación es tal, aquello es tan grandioso y tan deslumbrante, que el niño experimenta una fruición de orgullo de que jamás se olvida, y saborea voluptuosamente el triunfo facilísimo de sus escasos ó casi nulos esfuerzos para instruírse. La música, los poetas, los faroles y el Presidente, acaban de matar en su alma el germen de la modestia, acaban de torcer el criterio del educando, quien en lugar de amar el bien por el bien, el deber por el beneficio personal, al benefactor por gratitud, y la instrucción porque lo ennoblece, se ha henchido de fatuidad y de petulancia; defectos que aumentarán en proporción de sus estudios secundarios; y cuando en los tumbos de una revolución el educando caiga en



una curul ó se convierta en una autoridad improvisada, pertenecerá, según todas las probabilidades, al círculo de los ignorantes pretenciosos, tan funesto para el adelanto positivo de las sociedades.

El hombre más sábio conoce en el ocaso de su vida, cuán poco es lo que sabe de la ciencia humana, mientras el ignorante cree saberlo todo. ¡Qué mucho que así sea entre nosotros cuando al que se obliga á dar el primer paso en la difícil y dilatada senda del saber, lejos de hacerle comprender cuán poco ha hecho, se le festeja con los honores del apoteosis, se cantan himnos, pulsan la lira los poetas, se encienden los faroles, y baja una vez de su solio el Presidente de la República á coronar esos ángeles semiaprovechados y vanidosos.

Inculquemos en los niños la virtud de la modestia que realza tanto el mérito. Seamos sóbrios en fiestas y alborotos para que los niños comprendan que el instruirse no es una gracia, sino una ventaja que refluye en su bien personal; que el que ha

aprendido sus lecciones no ha hecho más que cumplir con su deber, y la conciencia de este cumplimiento es y será siempre la más noble recompensa, el mejor premio. Impulemos la instrucción pública de una manera filosófica y acertada, pero sin faroles.

